

Me dispongo a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos

Y si cada uno defiende lo del «otro» más que lo suyo propio, no cabe duda de que esta humildad les hará entrar en la verdad (como decía santa Teresa), y la Verdad, que es Cristo, podrá decirse que está en medio de ellos. Y entonces serán, con Cristo, un solo corazón y una sola alma. (Rovirosa, OC, T.II. 223)

La misericordia no abandona a quien se queda atrás. Ahora, mientras pensamos en una lenta y ardua recuperación de la pandemia, se insinúa justamente este peligro: olvidar al que se quedó atrás. El riesgo es que nos golpee un virus todavía peor, el del egoísmo indiferente, que se transmite al pensar que la vida mejora si me va mejor a mí, que todo irá bien si me va bien a mí. Se parte de esa idea y se sigue hasta llegar a seleccionar a las personas, descartar a los pobres e inmolar en el altar del progreso al que se queda atrás. Pero esta pandemia nos recuerda que no hay diferencias ni fronteras entre los que sufren: todos somos frágiles, iguales y valiosos. Que lo que está pasando nos sacuda por dentro. Es tiempo de eliminar las desigualdades, de reparar la injusticia que mina de raíz la salud de toda la humanidad. (Francisco, Homilía II Domingo de pascua, 2020)

Desde los textos, me situó en la vida.

Camino, verdad y vida. Algo que en este largo tiempo de confinamiento nos cuesta acertar a encontrar: nos cuesta encontrar el camino de salida de esta situación sin dejarnos muchos pelos en la gatera; hemos renunciado en muchos casos al discernimiento, a la verdad, y consumimos bulos y mentiras como nunca; hemos dejado de lado la vida –la de los pobres sobre todo- preocupados tan solo por sobrevivir. Así está en gran parte nuestro mundo conocido: sin camino, sin verdad, sin vida.

Quizá también nosotros estamos tocados por esta situación. Necesitamos pararnos para reconocer, de nuevo, la verdad de nuestra vida en camino.

Para que te sigamos, llámanos
Te seguimos, Señor Jesús.
Pero para que te sigamos, llámanos.
Porque sin ti nadie avanza.
Que sólo Tú eres el Camino,
la Verdad y la Vida.
Recíbenos como un camino acogedor recibe.
Alíéntanos como la verdad alienta.
Vivifícanos, puesto que Tú eres la Vida.

(San Agustín)



Palabra se pronuncia en mi vida



Juan 14, 1-12.- Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.

No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino». Tomás le dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Jesús le responde: «Yo soy el camino y la verdad y la vida*. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto». Felipe le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Jesús le replica: «Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”?

¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras.

En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre.

Palabra del Señor

Acojo en mi vida la Palabra

Para muchas personas este tiempo tan extraño que vivimos puede hacernos sentir extraviados, o descaminados, perdidos, sin camino. Encerrados la mayoría en casa no vamos a ninguna parte. Los días nos pesan y terminamos girando en torno a nosotros y a nuestros pequeños intereses. Un día tras otro parece que la vida es repetición. Desaparece el horizonte y la dirección de nuestra vida. Nos puede costar sentirnos sostenidos, orientados, acompañados.

Todos queremos vivir más y mejor, pero lo que eso significa para cada persona se ha puesto en cuestión con la situación que atravesamos. Nuestra pretensión creyente es tratar de vivir la vida con toda su profundidad y radicalidad.

Ser creyente es, antes que nada, tener la suerte de habernos encontrado con Jesús en nuestra vida; ir descubriendo en nuestra experiencia personal la fuerza, la luz, la alegría, el amor, el sentido y la esperanza que recibimos de Él. Aunque en esa experiencia nos encontremos muchas veces con la respuesta de Jesús, dirigida a nosotros: *¡Tanto tiempo como llevo con vosotros! ¿Y todavía no me conocéis?* Quizá vuelve hoy a resonar esta pregunta de Jesús para mí. ¿Le conozco? ¿Con ese conocimiento que da el amor? Y mi vida ¿es, por esa experiencia, una vida orientada hacia el amor, hacia la entrega a los demás?

La mayor verdad sobre el ser humano es Jesucristo, por eso él es nuestra Vida posible, y vivir como él es el camino que hace posible esa Vida verdaderamente humana para todos.

En palabras de san Juan Pablo II, Jesucristo es el camino principal de la Iglesia. Él mismo es nuestro camino hacia la casa del Padre y es también el camino hacia cada hombre y mujer. En este camino que conduce de Cristo a cada ser humano, en toda su verdad, en su plena dimensión real, de cada ser humano sin excepción, concreto, histórico. Cada ser humano es el camino de la Iglesia, camino que conduce en cierto modo al origen de todos aquellos caminos por los que debe caminar la Iglesia.

La Iglesia debe ser consciente también de todo lo que parece ser contrario al esfuerzo para que la vida humana sea cada vez más humana, para que todo lo que compone esta vida responda a la verdadera dignidad de cada persona

Escucha de nuevo las palabras del evangelio que quizá te ayuden a descubrir que lo que puede faltarte es una mirada iluminada por la fe, por el amor, ese conocimiento íntimo y amoroso de Dios que te ayude a descubrir que tus caminos no son, aún sus caminos.

Y me dejo llevar hasta concretar en mi vida...Poniéndote en manos del Señor, ora:

Oro con esta canción:

["La verdad de nuestro andar"](#)

Quiero cantarle hoy a Aquel
que nació en un portal.
Fue perseguido de niño
y más tarde hasta el final.
Creció junto a su madre,
a servir de ella aprendió.
A lo alto de una cruz
lo clavaron se subió.

Entregó toda su vida,
con las manos trabajó.
Su mirada es salvadora,
como amó así nadie amó.

A los más necesitados
hizo suyos los curó.
Luchó contra la injusticia;
libertario; Hijo de Dios.
Él es nuestro camino
la verdad de nuestro andar,
vida de vida abundante,
nueva luz eterno amar.
Hombre y Dios, Jesús el Cristo
el Mesías, Redentor.
Esperanza de los pobres,
de la muerte vencedor.

(Manolo Copé-Jaume Benaloy)



Y con este poema:

¡CUÁNTO TENEMOS QUE APRENDER DE TI!

Tú ofreces tu casa solariega
a toda la gente que anda a la intemperie
por los caminos de la vida.

Tú eres amigo de acoger sin preguntar
ofreciendo, primero, el calor de tu abrazo,
la ternura de tu amistad
y las viandas de tu amor.

¡Cuánto tenemos que aprender de Ti!

Tú has reservado un cuarto para cada uno,
respetando nuestro ser y nuestras manías,
apreciando nuestra voz y decisión,
provocando nuestra responsabilidad.

Tú guardas siempre el mejor sitio,
el más tranquilo y mejor amueblado
para el más pobre y pequeño,

para el más marcado por la vida.
¡Cuánto tenemos que aprender de ti

Tú nos recuerdas cada día
la infinidad de personas que tenemos en el mundo
huérfanas de casa y pan,
huérfanas de presente y porvenir,
siendo que tu sueño primero fue un hogar
amplio, cálido, y común
donde podamos vivir el gozo de la hermandad
¡Cuánto tenemos que aprender de ti!

Tú no te quedas parado.
Reclamas nuestra colaboración
para esa tarea, sublime y elemental,
de dar a cada persona un cuartito
en esa casa grande, tu casa solariega, que es la humanidad.
¡Cuánto tenemos que aprender de ti!

(F Ulibarri)

Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo,
nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de
trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y
de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los
talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las
escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan
en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del
honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros

